

EDITORIAL

QUINCE AÑOS

La pujanza con que la música se abrió rutas a través del desarrollo cultural del país no le permitió una evolución lenta ni tranquila; lujos son éstos que debieron postergarse. La literatura, la pintura y la escultura se destacaron en Chile desde el siglo pasado con brillantez y elocuencia, recorriendo una senda ordenada y en un lapso lo suficientemente largo como para que los nombres estelares de sus representantes fueran conocidos y apreciados en los medios cultos. La música se había quedado atrás. Para nuestro público de comienzos de siglo la ópera y sólo la ópera era música. Lassus, Victoria, Monteverdi, Bach, nombres archiestelares todos ellos, vagaban por las tinieblas de lo desconocido.

El despertar, el abrir horizontes, debió hacerse con violencia, quemando etapas, avanzando con rapidez y haciendo uso de todos los medios para poder avanzar. No bastó con los conciertos, las reformas sustanciales en la enseñanza de la música ni la dignificación del arte y de los músicos; hubo que alzar la voz y tratar de llegar a las más altas esferas. La fe y la vitalidad del movimiento que iniciaran las nobles huestes de aquella verdadera hermandad, llamada la Sociedad Bach, abrió cauces hacia distintas direcciones; una de ellas fue la prensa, la publicación. Por aquellos años, los títulos de MARSYAS, AULOS, luego la REVISTA DE ARTE y su Boletín fueron órganos de publicidad al servicio de la música, de utilidad y eficiencia indiscutibles.

La posibilidad de existencia de dichas publicaciones se fundamentó, por una parte, en la autenticidad y necesidad del movimiento musical renovador y en su intento de colocar la música en el lugar que le correspondía dentro de la actividad cultural, como lo atestigua el informe de la comisión nombrada por el Consejo Universitario, a raíz de crearse la Facultad de Bellas Artes, en que se estableció que dicha corporación estaría destinada no sólo a la enseñanza y al cultivo del arte, sino que, además, a todas las formas de extender su conocimiento fuera y dentro del país. Estos propósitos, y es interesante comprobarlo, se hayan expresados por tan distinguidos educadores, como han sido don Gustavo Lira y don Juan Antonio Iribarren, ambos ajenos al movimiento artístico y lle-

van ya en germen toda la labor de difusión que la Facultad de Bellas Artes desarrolló y que continúa la Facultad de Ciencias y Artes Musicales. En razón de esto, las Facultades Artísticas Universitarias han continuado, como una de sus más auténticas manifestaciones intelectuales, la publicación de revistas.

Declaraciones como las anotadas no eran letra muerta sino que el fiel reflejo de hechos tangibles que, necesariamente, habían de traducirse en disposiciones que le dieran vida legal. La vida musical entra a la Universidad con una fisonomía estructural bien definida.

Las publicaciones musicales fueron, desde que ésta se organizó a la sombra de la Universidad, una necesidad perentoria. Además, el entusiasmo, la abnegación y la preparación técnica de muchos de los que vitalizaron la actividad musical entre 1924 y 1929, se prestaba para aportar una abundante y fecunda colaboración a las publicaciones mencionadas. Es necesario recordar también que para el medio musical de aquellos tiempos, mucho de lo que se publicaba en las revistas musicales debía tener carácter pedagógico, a fin de revelar al gran público los problemas fundamentales de la música.

En 1945 se funda la Revista Musical Chilena, bajo la dirección de Vicente Salas Viú, eminente musicólogo, cuya larga carrera entre nosotros lo destaca como investigador, publicista, distinguido profesor y más tarde Director del Instituto de Extensión Musical, por espacio de cinco años, cargo que desempeñó con extraordinario brillo.

Los quince años de vida de la Revista Musical han constituido, desde todo punto de vista, una experiencia importante. En términos generales, puede establecerse que su periodicidad ha sido bastante notable dentro del rubro de este tipo de publicaciones. Ello comprueba nuestras aseveraciones iniciales sobre la necesidad que existe en nuestro medio de un órgano musical especializado. Tampoco podríamos negar sus naturales altibajos, cambios de directores, ni aquellas épocas en que su aparición se vio bastante alterada. Sin embargo, y aunque la Revista Musical sea un producto espontáneo de nuestro medio musical, su existencia ha costado trabajo. No siempre se logró la necesaria colaboración de aquéllos a quienes ella le fue solicitada, las irregularidades o tardanzas en su aparición disminuían el interés por las secciones informativas, las suscripciones, tanto dentro del país como en el extranjero, eran escasas y, por fin, los problemas económicos la afectaron más de una vez. Tanto éstos como otros inconvenientes son válidos, no obstante, sólo en el momento en que se producen. El Instituto de Extensión Musical y la

Facultad de Ciencias y Artes Musicales han velado con esmero sobre esta publicación. Es normal que así haya sido; a la larga se va acumulando en ella un material precioso: constituye una gran parte de nuestra historia musical, no sólo como comprobación de manifestaciones musicales, sino que muy especialmente como centro de la investigación musicológica. No puede negarse la importancia que en ella se le ha deparado al estudio y análisis de las partituras de autores chilenos y extranjeros, a la exposición de principios estéticos o filosóficos y, por fin, a captar toda inquietud artística seria.

Las distintas fisonomías que la Revista ha tenido a lo largo de quince años, a través de la orientación que le imprimieron sus distintos directores, mantuvo una calidad que la honra, cumpliendo siempre con la doble finalidad de informar sobre nuestra vida musical y de ofrecer una tribuna a los problemas musicales de toda índole.

Hay dos aspectos que vale la pena destacar sobre la vida de la Revista Musical en estos últimos tres años. Gracias a la actividad y preparación humanística y destreza periodística de su redactora, señorita Magdalena Vicuña, la aparición bimensual de la Revista, desde 1957 y a partir del N^o 52, ha sido perfectamente regular, las suscripciones, tanto en el país como en el extranjero, han aumentado notablemente y las informaciones sobre todas nuestras actividades musicales se han incrementado sistemáticamente.

Prueba de ello es que se ha logrado interesar a los compositores, estudiosos de la música y ejecutantes por colaborar en ella. En un principio, esto constituyó un problema, sin lugar a dudas, pero ésa es una etapa que se ha superado con creces. Los nombres de J. V. Asuar, Gustavo Becerra, Abdulia Bath, Hernán Baldrich, Enrique Bello, Carlos Boto, Brunilda Cartes, Manuel Dannemann, Roberto Falabella, Pablo Garrido, Elisa Gayan, Georgina Guerra, María Ester Grebe, Irma Godoy, Federico Heinlein, José Hosiasson, Carlos Kroeger, Juan Lemann, Alfonso Letelier, Juan Orrego Salas, Eugenio Pereira Salas, Daniel Quiroga, Vicente Salas Viú, Domingo Santa Cruz, María Luisa Solari, Bernardo Trumper, Jorge Urrutia Blondel, Cirilo Vila, Hernán Würth, Raquel Barros, Luis Gastón Soublette y muchos otros, ilustran elocuentemente este aspecto. Otro tanto ocurre con distinguidos músicos y musicólogos europeos y americanos.

Estamos ciertos que la Revista Musical Chilena cumple ampliamente con sus objetivos y en un nivel universitario correspondiente a la modalidad y exigencias de nuestra vida musical, cuyo encaje en el más

alto plantel educacional del país es una característica nuestra, tan especial como beneficiosa, a la que hay que responder adecuadamente.

Sin duda queda mucho por hacer y esta dirección acoge, con la voluntad de superación que la guía, las sugerencias encaminadas a consolidar el justo renombre de la Revista Musical Chilena.

A. L.